

Isabel Uria, *Panorama crítico del mester de clerecía*, Madrid, Castalia, 2000

El título del presente trabajo se justifica porque Uria ofrece un amplio repaso de las aportaciones más significativas de la crítica respecto tanto a nociones teóricas sobre la categoría “mester de clerecía” y todo lo relacionado con esa categoría (lugar de nacimiento, técnica, ideología, período que abarca, autores, etc) como respecto al estudio de las obras del siglo XIII que, según la autora, lo encarnan: *El libro de Alexandre* (pp. 175-210), *El libro de Apolonio* (pp. 211-264), las obras de Berceo (pp. 265-312) y *El poema de Fernán González* (pp. 313-354). Las primeras cuestiones son tratadas en la primera parte (pp. 15-174) bajo los títulos I. “El concepto del Mester de Clerecía: estado actual de la cuestión” (pp. 12-15); y II. “La unidad del mester de clerecía y sus límites cronológicos” (pp. 53-174). Ambas partes van precedidas de un par de páginas con las abreviaturas y siglas empleadas (pp. 9-11) y una “nota preliminar” donde se expone el carácter panorámico de esta obra y se reconoce la deuda con numerosos libros y artículos que, coincidan o no con el punto de vista de la autora, son de todos modos integrados en el panorama y referidos oportunamente al hilo de las exposiciones. Tras la segunda parte, en la que se analizan los libros mencionados del siglo XIII, se presenta la bibliografía (pp. 355-388) que se divide en las “ediciones de las obras” y en “bibliografía consultada” (pp. 365-387). Siguen un “índice analítico” (pp. 389-405) y un “índice general” con la paginación de los diferentes epígrafes que integran los temas, estructurados con coherencia y sentido de una obra global.

Uria aborda la primera parte de su libro presentando las diferentes interpretaciones que se han dado del concepto “mester de clerecía” y cómo lo han usado o no algunos críticos en sus particulares historias de la literatura, empezando por el padre del término, Milá y Fontanals, después por Menéndez Pelayo, Raymond Willis para después hacer un análisis de la c. 2 del *Alexandre* a la que considera la autora un verdadero manifiesto de lo que debe entenderse por “mester de clerecía”. Uria aclara los términos asociados “nueva maestría” “hablar curso rimado” o que “rima, rimar, rimado-a, rimo y sus plurales refieren no a la rima o consonancia, sino al verso rítmico-silábico” (p. 44), y “la expresión *a sílabas contadas* tiene mayor alcance que el simple recuento de las sílabas métricas (...) la frase implica el uso de la dialefa, como un principio obligado de la nueva versificación, fenómeno que, a su vez, repercute activamente en los niveles de la sintaxis, la prosodia y el ritmo, condicionando una estructura lingüística fuertemente segmentada y, por tanto, una dicción pausada, silabeada, y un ritmo cortado, totalmente desligado”. (p. 47) Achaca este uso especial de la dialefa al conocimiento y la influencia de la gramática latina tal como señaló Rico y esas peculiaridades técnicas diferenciarían para la autora claramente a las obras del mester de clerecía del siglo XIII (conservación de la dialefa y escansión silábica latinizante) de los rasgos propios de los poemas del siglo XIV que ya no están escritos en cuaderna vía propiamente dicha y presentan abundantes hemistiquios octosilábicos. El nuevo mester se inaugura para Uria con el *Libro de Alexandre* y con su c. 2 que tiene valor de manifiesto poético,

puesto que toda la estrofa está dedicada a señalar y ponderar los rasgos formales (*mester fermoso; sen pecado, grant maestría...*) de una particular poética que se inaugura en castellano con *El libro de Alexandre* y forma una escuela literaria.

En el siguiente epígrafe “La unidad del mester de clerecía y sus límites cronológicos” (pp. 55-162) la autora, tras presentar soluciones de otros estudiosos diacrónicamente, incluye en esta escuela a todos los poemas mencionados del siglo XIII “que se ajustan a las normas señaladas en la c. E del *Alexandre* : “La unidad estilística y formal, poética y retórica, de los poemas del siglo XIII es evidente, y no tiene sentido ponerla en duda. De hecho, son numerosos los hemistiquios, incluso los versos, que se repiten en el *Alexandre*, el *Apolonio*, los poemas de Berceo y el *Poema de Fernán González*. Pero la unidad del mester de clerecía no se limita a estos aspectos; sus autores tienen, también, una actitud común frente a las materias que tratan, y en sus poemas revelan un mismo espíritu didáctico y moralizante” (p. 56). Y esta unidad es para Uría el fruto del studium palentino que ya señalara Dutton y que se plasma en el uso de unas obras de referencia común como el *Verbiginale* de Pedro de Blois o la *Alexandreis*. Para la autora “la vinculación del *Alexandre* al studium palentino es un hecho indudable, y con ella el nacimiento del mester de clerecía, se vincula también a dicha Universidad” (p. 64). Los maestros venidos de Francia explicarían, como ya aclaró Rico, el florecimiento de los estudios de gramática, “con una especial atención a la prosodia” (p. 65). Para la autora las diferencias dialectales se deben a los copistas y no a los originales.

Más arriesgado me parece defender, como hace Uría, la formación teológica de Berceo a través de la facultad de Teología de la Universidad palentina y sobre todo la conclusión de que Berceo escribía para clérigos y no para el pueblo dada su “teología de la salvación.” No me parece que las obras de Berceo contengan nada que no corresponda a la moralización cristianizante que se observa no sólo en las obras de clerecía sino en el mismo *Poema de Mio Cid*. Los protagonistas, la clase de los defensores-infanzones —opuestos a la nobleza linajuda en el Cid y también en el PFG— y el clero son los dos pilares sobre los que se sustenta la sociedad feudal, los dos pilares sobre los que se realiza la Reconquista o la unificación nacional en el PFG, y los destinatarios serían los pecheros o el pueblo en general encargado de sostener a esas dos columnas que garantizan la sociedad feudal cristiana. El vasallaje a Dios o a su Intercesora la Gloriosa garantiza el galardón de la salvación, pero ese es un mensaje que encaja mejor en el pueblo que en el círculo cerrado de la formación de clérigos. Uría se basa para sostener su idea en lo elaborado de la poética del mester de clerecía y en el conocimiento de la doctrina cristiana que se presenta, pero en ningún caso es una retórica que vuelva el texto oscuro para el pueblo sino todo lo contrario, por más influencia de la prosodia latina que haya en los textos, y más abundancia de cultismos, las historias que cuenta Berceo son perfectamente asequibles para el pueblo en general, porque no dejan de ser muy simples y muy cercanas al tipo de narración folclórica. Atraviesa toda la obra la idea de Uría de que los libros del mester de clerecía, especialmente los de Berceo, estaban destinados a un público clerical y no al pueblo en general, y no encuentro suficientes sus argumentos que descansan sobre todo en lo sofisticado de la poética que inspira el nuevo mester. Es como si, por reflexionar sobre lo complicada que es la estructura de la sintaxis, concluyéramos que no puede ser asimilada por los niños. La lengua de clerecía, pese a sus cultismos, es muy nítida y asequible para un público no especialmente cualificado y en eso no se distingue gran cosa de la dificultad que entraña entender el PMC. En cuanto a las lecciones implícitas o explícitas de teología que tanto pondera Uría aduciendo alguna tesis docto-

ral sobre el tema como la de Domínguez, y que justificarían el carácter catequizador de las obras del mister de clerecía, especialmente las de Berceo, no hay en ellas nada que no responda a la defensa de clase –clase clerical– encargada de mantener el orden social –feudalismo– sancionado y sacralizado por la iglesia. Incluso en el PFG, en principio de materia histórico novelesca, el asunto se presenta como un historia de milagros sucesivos con que Dios corresponde a sus vasallos cristianos cuando éstos le rinden el homenaje oportuno (cumplen sus sacramentos, hacen penitencia por los pecados y oraciones para pedir la gracia divina). Es una épica de milagros y las verdaderas hazañas las realizan los seres sobrenaturales que actúan al mismo nivel que el resto de personajes, es decir, como si fueran reales, con su propia voz, imagen, actos y caracteres (piénsese en san Pelayo o en el estratega san Millán, o el brazo derecho de Cristo, Santiago Apóstol, que responde a la querrela con que el conde reclama la ayuda prometida de Dios-su señor feudal, o piénsese en las palabras tan fuertes con que expresa su querrela con su señor divino Fernán González : “dixo: “Señor del mundo, ¿por qué me has fallecido? c. 600d “si fuesses tu en la tierra, serias de mi rebtado;/ nunca fiz por que fuese de ti desanparado” c. 602.a-b. El enemigo en los poemas de clerecía –sea del tema que sean– es el diablo encarnado en el islán o en algún traidor cristiano que no soporta el vasallaje de los cristianos con Dios y les tiende constantes trampas para que éstos lo rompan. Reestablecido el vasallaje mediante el ritual adecuado, Dios vuelve a proteger a sus vasallos. La reconquista es vista en el PFG como un mandato de Dios a los godos-castellanos-cristianos. Cuando éstos caen en desgracia sólo salvarán su identidad por la custodia de las reliquias que consiguen poner a salvo de los musulmanes y por la penitencia y oración que realizan; penitencia que obtiene la consiguiente respuesta de Cristo que les envía un ángel para que les designe a Pelayo como hombre santo y rey encargado de iniciar la Reconquista. Pelayo es protegido desde el principio por el propio Cristo que realiza el milagro de parar y devolver las flechas que le lanzan sus enemigos. Es decir, es una historia de los milagros de Dios o de su jerarquía (Virgen, ángeles, apóstoles, santos) para reparar el orden violado –el feudal cristiano– y el héroe épico es un instrumento más de esa provisión divina para desagaviarse de la “gente descreída”. Y el orden ha sido violado por derribar precisamente a la otra clase social imprescindible para mantener la sociedad feudal-cristiana: los defensores. Don Yllán ha aconsejado a Don Rodrigo nada menos que desarmar a los defensores. Sin clérigos ni defensores no hay sociedad posible como bien había establecido Ramón Llull en su *Libro del orden de caballería* y como bien reflejan las tres obras de clerecía de asunto más o menos épico (el PFG, el Libro de Alexandre, y el Apolonio) Ese es el mensaje básico de la épica española tanto de juglaría como de clerecía: el principal señor es Dios y de las relaciones que se tengan con ese señor tan poderoso dependen los sucesos históricos que siempre son providenciales. Por lo tanto, me parece que, ya sea un épica de base nacionalista como el PMC, o mucho más aún el PFG, o sea una épica de figuras cristianizadas como el *Libro de Alexandre* o el *Libro de Apolonio*, o se trate de una épica de santos o de la propia Virgen, es siempre un lucha contra el diablo, el pecado o la gente descreída y la ganan clérigos y defensores asociados, ordenados éstos por aquellos, y sustentandos todos por el público que recibiría este tipo de textos. No me parece que la moralización contenida en los poemas de Berceo deba dirigirse solo a los clérigos para educarles. Es demasiado general, asimilable y efectiva para todo el público cristiano, especialmente para los pecheros. Las identidades que se consagran en estos textos (Castilla, el Cid, Fernán González, La Gloriosa, los santos...) son un modo de interpre-

tar la historia y de justificar la existencia de comunidades nacionales (reinos) o supranacionales (cristianismo). La épica del mester de clerecía explica la historia presente y pasada como un plan de Dios y un ejemplo de cómo funciona la relación de vasallaje del hombre con Dios. A buen servicio buen galardón siempre. Y clérigos y defensores se necesitan mutuamente para realizar el correcto servicio al dios cristiano. Ese tipo de enseñanza, que en parte más que enseñanza es expresión de unos ideales o unos sentimientos presentes, no tiene por qué restringirse a los clérigos, que en todo caso serían los más conscientes de ser los intérpretes de la historia que narran sino que iría dirigida a todo el pueblo y sobre todo al que tiene menos contacto con la letra escrita, ya que esta, se utiliza a menudo como argumento de autoridad, amparándose en el respeto y credulidad del pueblo por lo escrito.

Que el sistema rítmico del mester de clerecía, analizado muy bien por Uría, sea sofisticado y preciso, se base en una métrica sintagmática en contraposición a la rítmica pura de la poesía italianizante-renacentista y se estructure muy precisamente en figuras rítmicas bien tipificadas por la autora, añade una información filológicamente valiosa para conocer mejor la técnica del mester de clerecía, pero no implica que el resultado sea una lengua más apta para ser dirigida a los clérigos que al pueblo. Para Uría la finalidad didáctica y moralizante de las obras de esta escuela “es otro rasgo común del mester de clerecía” (p.126) y en los poemas de Berceo “queda expuesta, aunque no de forma sistemática, toda la doctrina de la iglesia” (p.128) pero la vulgarización de esa doctrina “los traslados del latín al romance no se hacen para transmitir esa doctrina al pueblo, sino para instruir a los religiosos, clérigos y monjes.” (p.129) Esta es una idea que la autora da por sentada y que nos parece poco sustentada. La autora se apoya en críticos que sostienen esta misma idea (Saugnieux, Grande Quejigo, etc) y presenta, como suele hacer en esta obra de crítica panorámica, otras opiniones diversas.

Por otro lado la dimensión moralizante didáctica no es privativa del mester de clerecía ni se puede separar de la literatura medieval en su conjunto, ni es siquiera diferente en el *Poema de Mio Cid* donde las oraciones y el vasallaje a Dios tiene un poder principalísimo en el triunfo del héroe. La oración narrativa de doña Jimena es un ejemplo de coincidencia con los propósitos que para Uría definen al mester de clerecía. Los contenidos enciclopédicos tampoco son necesariamente destinados a los clérigos sino que se articulan para poder ser difundidos y asimilados en mayor o menor grado por todo público atento. La autora dice que “la dimensión cristiana, didáctica y ejemplar, es singularmente relevante en los poemas del mester de clerecía y cumple, como afirmaba Saugnieux, una función pastoral, o simplemente educativa, que corresponde a un plan de la iglesia.” (p.131) Tal vez le sobra a esta afirmación el adverbio “singularmente” ya que la dimensión didáctica lo mismo afecta a la poesía narrativa de juglaría que a la de clerecía o a la prosa que también cuenta la historia de un modo providencialista o educativo para la época. Uría insiste en que sería literatura contra los herejes más que propaganda. Me parece que lejos de entrar en disputas escolásticas la doctrina que se presenta es simple y destaca la función del clero como clase que administra el orden divino, sus sacramentos y sus rituales, por lo demás de sobra conocidos pues son los típicos: confesión, eucaristía, penitencia, etc. Cosas más bien para el pueblo. El tan citado concilio de Letrán de 1215 tanto invitaba a la catequesis de los clérigos como a la enseñanza del pueblo.

La segunda parte analiza las obras consideradas del mester de clerecía por la autora, comenzando por el pionero *Libro de Alexandre*. Los análisis reúnen de nue-

vo un panorama de las aportaciones más destacadas de la bibliografía crítica. Comienza por resumir la cuestión de los manuscritos, el problema de la autoría en los tres libros de asunto heroico, se ponderan de nuevo las semejanzas de estilo, hemistiquios, ideología etc., que hacen de las obras un conjunto homogéneo y que permiten incluso a algunos hablar de un mismo autor: Berceo. Trata también de informar sobre los estudios que intentan fechar los poemas, lo que se sabe de las fuentes y se aborda también el problema de la estructura de las obras, apoyándose en los trabajos más relevantes (en Jesús Cañas para el *Alexandre*, en Artiles para el *Apolonio*, y en Keller y Gimeno Casalduero para el *Poema de Fernán González*). Menciona la autora la importancia de otros estudios más específicos para cada obra, como el trabajo sobre la importancia de la música en el Apolonio, la idea de la fama estudiada en esas obras por María Rosa Lida, o el uso de la *amplificatio* para cristianizar y feudalizar a los héroes procedentes de fuentes donde tienen otras dimensiones. Ello sirve para que la autora subraye bien la originalidad de estas aparentes traducciones, incorporando la aportación en este sentido de muchos críticos reconocidos pero integrándolas en un análisis coherente de las obras que resulta efectivamente panorámico y actualizador.

El análisis de las obras de Berceo tiene la misma rigurosidad. La autora, apoyándose en varios estudios, desmitifica la idea de un Berceo sencillo y popular y pondera su formación universitaria y humanista y, como se ha dicho, apunta la idea de que Berceo fuera más formador de clérigos que del pueblo y que sus obras tuvieran en principio esa finalidad. Aunque no mal defendidas, no nos parecen adecuadas esas conclusiones por las razones expuestas arriba. Establece la autora una cronología de las obras de carácter hipotética pero respaldada por las diversas aportaciones de la crítica. Para la estructura de las obras la autora pondera de nuevo el simbolismo atribuido a los números, especialmente al tres y al siete para articular la obras de Berceo, y vuelve a apoyarse en los trabajos de Gimeno Casalduero sobre la estructura de algunos de los poemas. Proporcionalmente, es poco lo que dedica al análisis de *Los milagros de Nuestra Señora* a pesar de la abundante bibliografía existente. En cambio, vuelve a insistir Uría en ponderar la doctrina teológica y dogmática de los poemas de Berceo subrayando lo obvio: "(...) la formación de Berceo es, además de humanística, profundamente religiosa." (p. 298) y vuelve a citar la tesis de Ruiz Domínguez (*La historia de la salvación en la obra de Gonzalo de Berceo*) para, de nuevo ponderar lo obvio: que "son sobre todo los sacramentos de la penitencia y de la comunión los que más desarrolla y en los que más se insiste, singularmente en el de la penitencia." (p. 299). Es obvio porque ese es un lugar común de las obras de clerecía, constante en el PFG a pesar de su aparente carácter épico, lugar común del sentimiento religioso del gótico y por lo tanto poco privativo de la obra de Berceo aunque sí muy significativo a la hora de analizar las ideas de la sociedad divina y humana que se presentan en estas obras donde básicamente se sacraliza el feudalismo cristiano como el mejor modo posible de existir. Y estas obras presentan estas ideas de un modo popularísimo, sin diferenciarse demasiado las obras hagiográficas, marianas, o histórico-épicas novelescas, pues en todas los elementos sobrenaturales intervienen como si fueran realidades en un plano igual al de los vivos, siguiendo el lenguaje de los contratos de vasallaje y las obligaciones que implican para cada una de las partes. Así es que, de nuevo, la conclusión de Uría parece poco satisfactoria: "Por eso creo, y lo he dicho otras veces, que los poemas de Berceo servían de 'lecciones' en el sentido de 'lecturas de enseñanza', y, como tales, serían leídos por un maestro, seguramente por el propio Berceo, y ampliamente comentados por él o por un suplente." (pp.

308-309). Y menos convincente aún es lo que Uría considera el argumento fuerte para probar esa idea: "y es que Berceo utiliza en sus poemas un romance culto, clerical, no seglar o popular; un romance que sigue las pautas de la prosodia y la sintaxis latinas, y en cuyo léxico abundan los latinismos y los cultismos. Por tanto no sólo los contenidos de la doctrina, sino también la lengua de esa doctrina era más apropiada para la enseñanza del clero que para la de los fieles." Cualquiera diría que las obras de Berceo son muchísimo más difíciles de entender que el PMC, por ejemplo. Y no lo creo. La abundancia de repeticiones sinonímicas, la simpleza, a pesar de todo, de la sintaxis, la abundancia de fórmulas y expresiones coloquiales, las exaltadas intervenciones del poeta llenas de tendenciosidad de raza, de clase y de nación a veces, y en fin, el uso de la lengua vernácula en un registro, que aunque artístico, no es oscuro ni incomprendible sino más bien todo lo contrario. Por esa razón cayó sobre Berceo el tópico de la simplicidad, precisamente por su lenguaje llano.

Pese a esas conclusiones que no compartimos sobre los destinatarios de las obras de Berceo, el trabajo de Uría en su conjunto es un trabajo serio, minucioso, altamente informativo y didáctico que logra ofrecer un auténtico panorama sobre el "mester de clerecía" y las obras que lo representan del siglo XIII; panorama que da cabida a aproximaciones bibliográficas diacrónicas para cada uno de los asuntos que se plantea, y que, bien hilado, permite resumir con gran actualidad cada uno de los problemas que se plantean en torno al mester de clerecía del siglo XIII, ofreciendo al lector opiniones personales pero valorando e informando del resto de las hipótesis posibles. El esfuerzo y conocimiento del tema por parte de la autora permite cumplir con creces las expectativas planteadas por el título de la obra y la convierte en un manual muy valioso para quien quiere retomar cualquiera de las cuestiones generales o particulares del mester de clerecía del siglo XIII y en una preciosa herramienta para la docencia.

LUIS MIGUEL DE VICENTE GARCÍA
Universidad Autónoma de Madrid